

CATALINA DE ERAUSO, LA MONJA ALFÉREZ, por Luis Manuel Moll



Catalina de Erauso «La Monja Alférez»

En el año 1585, nació en San Sebastián (Guipúzcoa), Catalina de Erauso, hija don Miguel de Erauso, notable caballero, y de doña Maria Perez de Galarraga

Catalina desde la niñez, mantuvo siempre en sus espaldas una mochila de rebeldía, sus padres, desesperados por la situación de su hija, decidieron ingresarla en el convento de San Sebastián el Antiguo, donde una tía de la niña, era priora. Catalina, que durante toda la estancia en el convento, no paró de meterse en pequeños jaleos, justo antes de hacer los votos, produjo un reyerta con la monja profesa Catalina de Alili.. En la noche del 18 de marzo de 1600, cogió unos reales de a ocho de la celda de su tía y con las llaves del Convento

se escapó sin saber dónde ir, y, después de tres días se cortó el pelo disfrazándose de hombre, fantaseando la realidad, se puso el nombre de Antonio de Erauso, y como quijana, comenzó sus andanzas por diferentes ciudades y pueblos españoles, convirtiéndose, en espadachín y aventurero. Llegó a Sanlúcar de Barrameda, donde se embarcó como el grumete en un galeón, cuyo capitán era su tío, Esteban de Eguiño. Bajo siempre la apariencia de Antonio, la que más tarde entraría en la historia como "La monja Alférez", supo congraciarse con sus paisanos, los vascos, que en más de una ocasión le socorrieron para que saliese de sus riñas y desaguisados.

Llegó hasta Cartagena de Indias, y cuando el navío se propuso volver para España, Catalina robó 500 pesos a Eguiño y se escapó embarcándose para Panamá, allí, en las Américas, tuvo la ayuda inestimable del corregidor de Trujillo, Orduño de Aguirre, quien le indicó que se marchase hacia Lima, lugar donde entró a trabajar de tendero, mediante la recomendación de Juan de Urquizo, bajo las órdenes de otro vasco, Diego de Lazarte.

Su genio, pronto le volvió a surgir desde lo más profundo de su alma y dejó la protección de Lazarte, para enrolarse como soldado en unas compañías que partieron para Chile a combatir a los indios Auracanos, "esa raza soberbia (estas son palabras de Pablo Neruda) cuyas proezas, valentía y belleza, dejó grabadas en estrofas de hierro y de jaspe don Alonso de Ercilla en su Araucana."

En Chile, luchó en varias batallas contra los indios y en la de Valdivia, alcanzó gracias a su fiereza, la graduación de Alférez. Allí, se encontró e inclusive, se alojó en la casa de su hermano el Capitán y secretario del Gobernador, Miguel de Erauso sin que éste la reconociese. Con

las inquietudes de meterse en refriegas, en una de ellas y ya en la ciudad de Concepción, dio muerte en un lance de espada al Auditor General, teniéndose que refugiar por un periodo de seis meses en una iglesia. Al final pudo salir libre, pero tuvo que escapar de nuevo debido, a que en una tragedia producida por un error dentro de la noche, confundió a su hermano y lo atravesó dándole muerte.

Escapó hacia la ciudad de Tucumán cruzando los Andes, y de allí, casi a la carrera y por prometer el matrimonio a varias mujeres, tuvo que volver a escapar, esta vez hacia Bolivia, donde siempre encontró el apoyo de sus amigos los vascuences. Aún así, y dada la fama de penderciero que tenía, en la ciudad de Chuquiasca, fue detenido y torturado por un delito que no había cometido.

Apaciguado los ánimos, seguramente porque le vería las orejas al lobo, y bajo la recomendación que le dio López de Urquijo, pasó a ser mercader de trigo y ganado. Pero poco le duró esa tranquilidad, al poco tiempo y debido a varias reyertas con muerte, fue condenado a la pena capital y tuvo que huir a Cuzco, tierra imperial de los Incas, allí metido de nuevo en otras reyertas, fue herido de consideración y viéndose en los brazos del barquero Caronte, pidió confesión, revelándole al sacerdote su condición de mujer. Unas matronas dieron fe de su identidad como mujer y de la virginidad. Su sufrimiento tuvo que ser tal que la llevó a una profunda reflexión sobre su vida

Volvió a salir de Cuzco hacia Guamanga, bajo la protección de sus amigos entre los que se encontraba el secretario del Obispo, Bautista de Arteaga, ante el cual confesó públicamente su condición de mujer y la de su nombre real: Catalina de Erauso. Tras esta confesión pidió profesar como monja, en el convento de Santa Clara de esa ciudad. De allí la

trasladaron a otro convento, el de la Santísima Trinidad en Lima, donde continuó su vida religiosa hasta que en el año 1624, decidió volver a España donde escribió su autobiografía. Arrepintiéndose de su pasado y aminorando su exaltación religiosa, consiguió apaciguar su espíritu y bajar su ser a la normalidad.

Durante la estancia en España, fue recibida por el mismo Rey Felipe IV. Viajó a Roma, donde se entrevistó con el mismo Papa, Urbano VIII, quien accedió a que "La Monja Alférez" volviera a ponerse la indumentaria de hombre, siempre y cuando, no tomara el camino de las reyertas y andadas de espadachín y de muerte.

Ya en el año 1624 y 25 años después de su regreso a España, volvió de nuevo a embarcarse con rumbo a las Américas, rumbo a México y ya como un hombre de paz, y siempre bajo el nombre de Antonio.

Murió en el año 1650, cristianamente en el pueblo de Quitlaxtla en México